

la condición del modo más perfecto del conocimiento intuitivo, del único modo que no afecta directamente á la voluntad en nada. La vista no es susceptible en sí misma, inmediatamente y por su acción sobre el órgano, de producir un bienestar ó un malestar físico, como las impresiones de los demás sentidos, es decir, no tiene relación alguna directa con la voluntad; sólo la percepción por el entendimiento puede tener esa relación, que descansa entonces sobre la que existe entre el objeto y la voluntad. No sucede lo mismo con el oído; los sonidos pueden ser directamente dolorosos ó desagradables para el órgano sensible, fuera de toda relación con la armonía ó la melodía. El tacto, confundiendo con la sensación general del cuerpo, es mucho más capaz de ejercer influencia sobre la voluntad; sin embargo, existe un tacto privado de dolor y de goce. Pero los olores son siempre agradables ó desagradables y los sabores más aún. Estos dos últimos sentidos son los que están más contaminados de la voluntad, son los menos nobles, y Kant los llamó sentidos subjetivos. El placer que experimentamos con la luz no es en realidad más que el que nos hace sentir la posibilidad objetiva del conocimiento en su modo más puro y más perfecto, de donde se infiere que ese conocimiento puro y libre de la voluntad es un manantial de vivo goce, y que por este concepto contribuye ya considerablemente al placer estético.

Esta observación acerca de la luz nos permite darnos cuenta de la belleza inefable que hallamos en los objetos que se reflejan en el agua. Esta acción mutua de los cuerpos unos sobre otros que es de la especie más ligera, más rápida y más sutil, esta acción, á la cual debemos las percepciones más puras y más perfectas, la acción de la reflexión de los rayos luminosos, la vemos allí ante nuestros ojos en su causa y en su efecto, ejerciéndose

en gran escala y de la manera más clara, visible y perfecta. De ahí viene el placer estético que experimentamos, y este placer se funda en el principio subjetivo del goce estético, y no es más que la alegría que nos causan el conocimiento puro y los caminos que á él conducen.

§ 39.

A todas estas consideraciones encaminadas á presentar el aspecto subjetivo del placer estético; es decir, ese bienestar que nos causa el puro conocimiento intuitivo, contrapuesto á la voluntad, viene á unirse, como cosa que directamente se relaciona con ellas, la explicación siguiente de aquella disposición de espíritu que se llama sentimiento de lo sublime.

Hemos hecho notar antes, que el estado de contemplación pura se produce con mayor facilidad cuando los objetos se prestan por sí mismos á ello, es decir, cuando por sus varias formas, que al mismo tiempo son muy precisas y claras, representan mejor su Idea. En esto consiste precisamente su hermosura, en sentido objetivo. Principalmente la Naturaleza posee esta propiedad, que da al hombre más fríos momentos fugitivos de placer estético. Es tan asombroso ver cómo invita el reino vegetal, sobre todo, á la contemplación estética, imponiéndola en cierto modo, que se siente la tentación de creer que esto proviene de que no siendo las plantas, como los cuerpos de los animales, objetos inmediatos del conocimiento, necesitan de un individuo extraño y dotado de inteligencia para pasar del mundo de la voluntad ciega al de la representación, y aspiran á efectuar este paso para adquirir mediatamente al menos, lo que no les es dado obtener inmediatamente. Pero no quiero insistir

en esta reflexión aventurada que toca en los linderos de lo fantástico, y que sólo una contemplación íntima de la Naturaleza puede inspirar ó justificar (1). Mientras estas condiciones favorables de la Naturaleza misma, es decir, esas formas bien determinadas y bien claras que hacen resaltar las Ideas individualizadas por ellas, son lo que nos hace abandonar el conocimiento de las puras relaciones, el conocimiento puesto al servicio de la voluntad, para conducirnos á la contemplación estética y elevarnos así á la condición de sujeto del conocimiento, libre de la voluntad, lo que obra sobre nosotros es lo bello, y el sentimiento que en nosotros se despierta es el sentimiento de la Belleza. Pero cuando estos mismos objetos cuyas formas significativas nos invitan á contemplarlos, están en relación de hostilidad con la voluntad humana en general, tal como se objetiva en nuestro cuerpo; cuando le son funestas, cuando amenazan al hombre con un poder irresistible ó por su inconmensurable grandeza le hacen parecer un átomo; cuando no obstante esta relación hostil á la voluntad, el espectador no pone su atención en ella, sino que viéndola y reconociéndola, se aleja, y se violenta para desasirse de su voluntad y de las relaciones de ésta, y abandonándose á la contemplación, mira con calma, como puro sujeto del conocimiento y fuera de toda volición, esos mismos objetos tan temibles; cuando, en estas condiciones, concibe únicamente la Idea, pura y sin mezcla de relación alguna, cuando se adhiere con placer á su contempla-

(1) Me complace tanto como me sorprende, descubrir hoy, cuarenta años después del día en que expresaba este pensamiento con tanta timidez y vacilación, que San Agustín le había enunciado ya: «*Arbusta formas suas varias, quibus mundi hujus visibilis structura formosa est, sentiendas sensibus praebent; ut pro eo quod «nosse non possunt, quasi «innotescere» velle videantur.*» (De civit. Dei. XI, 27.)

ción, cuando en consecuencia se eleva por este mismo hecho sobre sí mismo, sobre su personalidad y su querer, entonces le invade el sentimiento de lo sublime.

La distinción entre lo bello y lo sublime es la siguiente: frente á lo bello el conocimiento puro vence sin lucha, pues la belleza del objeto, es decir su propiedad de facilitar el conocimiento de la Idea, descarta sin resistencia (y por lo tanto de una manera inadvertida para la conciencia) la voluntad y el conocimiento de las relaciones puesto al servicio de ella. La conciencia subsiste en calidad de sujeto puro del conocimiento, y de la voluntad no queda ni recuerdo. Por el contrario, frente á lo sublime, ese estado de puro conocimiento tiene que ser conquistado previamente por el individuo, arrancándose con violencia y conscientemente de las relaciones del objeto, que conoce que son desfavorables para su voluntad y elevándose libre y deliberadamente por encima del querer y del conocimiento de cuanto con él se relaciona. Esta elevación consciente no sólo necesita conquistarse, sino también conservarse y va acompañada de una reminiscencia constante de la voluntad, no de una voluntad, especial, individual como el temor ó la esperanza, sino de la voluntad humana en general, tal como se manifiesta en su objetividad directa, es decir, en el cuerpo. Si la angustia efectiva del individuo ó el peligro procedente de lo exterior produjeran en la conciencia un sólo movimiento real de la voluntad, ésta, personalmente afectada, se sobrepondría bien pronto, la contemplación serena se haría imposible y la impresión de lo sublime quedaría destruída, pues la ansiedad vendría á reemplazarla y el individuo no tendría ya otra preocupación en su pensamiento que la de salvarse.

Algunos ejemplos contribuirán á dilucidar y á poner fuera de duda esta teoría de lo sublime en estética. Al

mismo tiempo mostrarán cuán diferentes son los grados de este sentimiento. Sabemos que el sentimiento de lo sublime es idéntico al de lo bello en su condición principal, á saber, en la contemplación pura, abstraída de toda voluntad, y en el conocimiento de las Ideas (que necesariamente se desprende de esa contemplación) fuera de todas las relaciones determinadas por el principio de razón. Sabemos además que no se distinguen estos sentimientos más que por una nueva condición que se agrega al de lo sublime: la de elevarse por encima de la relación hostil á la voluntad en que aparece el objeto de la contemplación. Síguese de aquí que habrá diversos grados en lo sublime, así como en la transición de lo bello á lo sublime, según que aquella nueva condición agregada sea fuerte, distinta, apremiante, próxima ó por el contrario débil, lejana, apenas marcada. Creo más oportuno para el fin que me propongo, presentar los ejemplos de lo sublime comenzando por los grados intermedios y menos caracterizados, aunque las personas cuyo sentimiento estético general no esté bien desarrollado y cuya imaginación no sea viva, no comprenderán más que los ejemplos de los grados superiores que expondré después. El lector que en este caso se encuentre, deberá fijarse en los últimos ejemplos y no hacer caso de los primeros.

Así como el hombre es á la vez impetuoso y obscuro impulso de la volición (caracterizado por el polo de las partes genitales, como foco) y sujeto eterno, libre y sereno del conocimiento puro (caracterizado por el polo del cerebro) de igual manera y en correspondencia con este contraste, el sol es manantial de *luz*, condición del modo más perfecto de conocimiento—y por esta razón de lo que más nos alegra en el mundo—y de *calor*, condición primera de toda existencia, es decir, de todos los fenó-

menos de la voluntad en sus grados superiores. La luz es para el conocimiento lo que el calor para la voluntad. Es el diamante mayor de la corona de la belleza, y su influencia es preponderante en el conocimiento de todas las cosas bellas; su presencia en general es indispensable, y cuando se haya colocada favorablemente embellece todavía lo más bello. En la arquitectura es donde más contribuye á realzar la belleza, pero con su concurso hasta el objeto más insignificante adquiere hermoso aspecto. Si en el rigor del frío, cuando toda la Naturaleza está adormecida, vemos los rayos del sol, que se eleva menos en el invierno, rechazados por bloques de piedra á los cuales iluminan sin caldearlos, por consiguiente, en condiciones favorables sólo al modo más puro de conocimiento y no á la voluntad, el hermoso efecto de la luz sobre esas masas nos transportará como toda cosa bella al conocimiento puro; sin embargo, solicitados por un leve recuerdo de que esos brillantes rayos carecen de calor, del principio vivificante, necesitaremos ya elevarnos un poco sobre el interés de la voluntad, nos será preciso cierto esfuerzo para perseverar en ese conocimiento puro sin intervención de la voluntad, y he aquí porqué habrá una transición del sentimiento de lo bello al de lo sublime, el matiz más pálido de lo sublime extendido sobre lo bello, que también se muestra allí en su medida mínima. El ejemplo siguiente es casi tan vago como este.

Transportémonos á una comarca solitaria; el horizonte es infinito, el cielo aparece sin nubes; ningún soplo de viento agita los árboles ni las demás plantas; no hay animales, ni hombres, ni aguas vivas; reina el silencio más profundo; semejante paisaje invita á lo serio, á la contemplación, al olvido de toda voluntad y de sus miserias; pero esto da también á aquel paisaje donde do-

minan la soledad y el silencio cierto matiz de sublimidad. Pues como la voluntad, ávida siempre de desear y de adquirir no encuentra objeto alguno favorable ni desfavorable, no queda más que el estado de contemplación pura, y el que no es capaz de ella sentirá el vacío de una voluntad sin empleo y el tormento del aburrimiento. La aptitud para apreciar este género de belleza, y en general la facilidad mayor ó menor de soportar ó de amar la soledad son una excelente escala para medir el valor intelectual de los hombres. La comarca que hemos descrito nos da, pues, un ejemplo de lo sublime en grado inferior. Al conocimiento puro, con su calma y su sobriedad, se halla asociado como contraste el recuerdo de una voluntad siempre dependiente, siempre miserable, agitada siempre por la necesidad de moverse. Este género de sublimidad es el que caracteriza la belleza bien conocida de las praderas sin fin de la América del Norte.

Despojemos á esta comarca de toda vegetación, no le dejemos más que rocas peladas, enseguida la voluntad se sentirá inquieta por la falta de toda producción orgánica que pueda servir para nuestra subsistencia; el desierto adquirirá un aspecto aterrador, nuestra impresión se hará más trágica; para elevarnos al conocimiento puro necesitaremos desasirnos con esfuerzo de los intereses de la voluntad, y mientras perseveremos en este estado el sentimiento de lo sublime nos dominará claramente. Aumentará todavía en las siguientes circunstancias: la Naturaleza se halla en violenta agitación, las nubes amenazadoras que oscurecen el cielo dejan pasar tan sólo una media luz, inmensas rocas peladas, que parecen próximas á desplomarse, cierran el horizonte juntándose, los torrentes braman y espuman, el viento gime en las gargantas de las montañas. Nuestra dependencia, nuestra lucha contra una Naturaleza enemiga, nuestra

voluntad vencida en el combate, todo esto se nos aparece entonces visiblemente; pero mientras no se sobrepone nuestro sentimiento de angustia personal y nos mantenemos en la contemplación estética, el sujeto puro del conocimiento á quien nada de esto concierne ni conmueve, observa tranquilamente esta lucha de la Naturaleza, esta imagen de la voluntad quebrantada y en estos mismos objetos amenazadores y terribles para la voluntad no percibe más que sus Ideas. En ese contraste descansa el sentimiento de lo sublime.

Esta impresión se hace todavía más poderosa cuando la lucha de los elementos desencadenados se efectúa ante nuestros ojos; cuando una catarata, al precipitarse de la altura, hasta nos impide oír nuestra propia voz con su estruendo, ó bien á orillas del mar inmenso, agitado por la tempestad, cuando olas monstruosas se alzan y vuelven á caer, se rompen impetuosamente contra los acantilados de la costa y elevan su espuma por los aires á lo lejos; el huracán ruge, el mar brama, los relámpagos desgarran las negras nubes y los truenos cubren el ruido de la mar y del viento. En estos instantes es cuando el intrépido espectador de semejante cuadro reconoce con toda evidencia la naturaleza doble de su conciencia; comprende que es individuo, fenómeno frágil de la voluntad, á quien el golpe menor de aquellas fuerzas podría aniquilar; sér impotente contra la poderosa Naturaleza, criatura dependiente, juguete de la suerte, átomo imperceptible enfrente de poderes colosales, pero al mismo tiempo se siente sujeto inmortal del conocimiento puro, que como condición del objeto, es el portador del mundo entero; siente que esta lucha aterradora de la Naturaleza no es más que su propia representación, y que él mismo, en la tranquila contemplación de las Ideas, es un ser libre y ajeno á toda voluntad y á toda miseria.

Tal es la impresión perfecta de lo sublime. Lo que la produce es la contemplación de un poder incomparablemente superior al hombre y que amenaza aniquilarle.

Esta impresión puede producirse también, de una manera muy diferente, cuando nos representamos una simple cantidad en el espacio y el tiempo, cuyas proporciones ilimitadas nos reducen á la nada. Podemos llamar al primer género sublime dinámico, y al segundo sublime matemático, conservando las denominaciones y la exacta división de Kant, aunque la explicación que damos de la naturaleza íntima de esta impresión se diferencia totalmente de la suya, pues en la nuestra no reservamos lugar para consideraciones morales ni para hipótesis sacadas de la filosofía escolástica.

Cuando nos abismamos en la contemplación de la inmensidad del universo en el espacio y en el tiempo, cuando meditamos sobre la infinidad de los siglos pasados y futuros, ó bien cuando el cielo estrellado nos presenta la vista real de innumerables mundos y nuestra inteligencia concibe la extensión infinita, nos sentimos empequeñecer, sentimos que como individuos, como cuerpos animados, como fenómenos pasajeros de la voluntad, desaparecemos, nos perdemos, como una gota de agua en el Océano. Pero al propio tiempo, contra este fantasma de la propia nada, contra una mentira tan imposible, se levanta en nosotros la conciencia inmediata de que todos esos mundos no tienen existencia más que en nuestra representación, de que no son más que modificaciones del sujeto eterno del conocimiento puro y de que nosotros mismos somos este sujeto, tan pronto como olvidamos nuestra individualidad, convirtiéndonos en el portador necesario, en la condición de todos esos mundos y de todos esos tiempos.

La inmensidad del mundo que nos inquietaba, des-

cansa ahora en nosotros, no dependemos de ella, es ella quien depende de nosotros. Todo esto no se presenta en seguida á la reflexión; tenemos, tan sólo, el sentimiento consciente de que en cierto sentido (que sólo la filosofía puede explicar) nos identificamos con el mundo, y lejos de ser abrumados por su inmensidad, nos sentimos realzados por ella. Este es el sentimiento consciente de lo que los Upanishads de los Vedas repiten tantas veces y de tan distintos modos, de lo que expresa esta sentencia que hemos citado ya al final del § 34: «*Hæ omnes creaturæ in totum ego sum, et præter me aliud ens no est.*» (Upnek'hat, vol. I. pág. 122.) Es la exaltación por encima de la propia individualidad, el sentimiento de lo sublime.

Recibimos directamente la impresión de lo sublime matemático, de un espacio, pequeño en relación con el mundo, más que por el hecho de poderle abarcar inmediata y completamente con la mirada, obra sobre nosotros con todo el grandor de sus tres dimensiones, cuando este grandor es suficiente para reducir nuestro propio cuerpo á proporciones casi infinitamente pequeñas. Un espacio vacío ó descubierto no puede producir jamás esta impresión; se necesita un espacio tal que pueda ser inmediatamente percibido, y para esto, es preciso que estén delimitadas todas sus dimensiones; por ejemplo, una bóveda muy alta y ancha, como la de San Pedro en Roma, ó San Pablo en Londres. El sentimiento de lo sublime resulta aquí de que nos damos cuenta de la insignificante pequeñez de nuestro cuerpo, comparada con un objeto inmenso, el cual á su vez no existe más que en nuestra representación, y cuyo sostén somos nosotros en calidad de sujetos conocientes. Aquí, como donde quiera que le hallamos, nace este sentimiento del contraste entre la insignificancia y la dependencia de nuestro yo como

fenómeno de la voluntad, y la conciencia de nuestro *yo* como sujeto del conocimiento. La bóveda estrellada del cielo, cuando se la contempla sin reflexionar, no nos impresiona más que á la manera de una bóveda de piedra, y en virtud, no de su inmensidad real, sino de su grandor aparente. Muchos objetos de los que vemos, producen en nosotros el sentimiento de lo sublime, porque ya sus dimensiones ó ya su antigüedad, es decir, su duración en el tiempo, nos dan la conciencia de nuestra pequeñez, y, sin embargo, los contemplamos con delicia: tales son las montañas altísimas, las pirámides de Egipto, las ruinas colosales de la antigüedad, etc.

Nuestra teoría de lo sublime se aplica igualmente á la esfera moral, es decir, á lo que se llama un carácter sublime. Aquí también resulta lo sublime de que las cosas propias para excitar la voluntad son impotentes ante ella, y de que el conocimiento conserva su predominio. El hombre que tenga este carácter considerará á los demás desde el punto de vista puramente objetivo y no los juzgará según las relaciones posibles entre ellos y su voluntad; verá sus defectos, reconocerá, por ejemplo, el odio que le profesan ó la injusticia con que le tratan, pero sin sentirse inclinado á odiarlos por su parte: apreciará sus buenas cualidades, sin apetecer trato con ellos, admirará la belleza de las mujeres, sin desearlas. Su felicidad ó su desdicha personales no le afectarán grandemente; permanecerá tal como Hamlet pinta á Horacio cuando dice: «... pues tú has sido como el hombre que padeciéndolo todo no ha padecido nada; tú has aceptado con ecuanimidad los golpes y los beneficios de la fortuna.»

En su propia existencia, con todos los reveses inherentes á ella, verá menos su destino individual que el de la humanidad en general, y aquélla será para él asunto de estudio más bien que causa de dolor.

§ 40.

Como las cosas que contrastan se explican recíprocamente, creo oportuno hacer notar que lo contrario de lo sublime es en realidad algo que á primera vista no tiene aire de serlo: me refiero á lo lindo. Entiendo por tal aquello que estimula la voluntad presentándola directamente lo que puede halagarla y satisfacerla. Hemos visto que el sentimiento de lo sublime nace de que una cosa francamente contraria á la voluntad se hace objeto de una contemplación pura en que no podemos mantenernos sino permaneciendo lejos de la voluntad y elevados por encima de sus intereses. Estos esfuerzos son los que elevan la contemplación á lo sublime: lo lindo ó picante, por el contrario, hace descender al hombre de ese estado de contemplación pura, requerido por la aperccepción de lo bello en todos sus grados, provocando fatalmente su voluntad con la vista de objetos que la halagan de un modo inmediato y que rebajan al puro sujeto conociente á la condición de pobre esclavo de la voluntad. Se llama ordinariamente lindo á todo lo que es bello en el género jovial ó alegre, pero esta es una noción tomada en sentido demasiado amplio y que carece de la distinción necesaria; por mi parte la rechazo y desapruuebo totalmente. En el sentido que doy á aquella palabra y que ya he expresado, no hay [en la esfera artística más que dos especies de cosas lindas, ambas indignas del arte. Hallamos la primera y más baja de estas especies en las escenas domésticas de la escuela flamenca cuando el pintor se deja extraviar hasta el punto de representar comestibles, cuya perfecta imitación despierta necesariamente el apetito, lo cual es una excitación de la voluntad que interrumpe la contemplación pura del objeto. Se